

MARCEL COHEN
LA ESCENA INTERIOR
Hechos

Traducción de Javier Albiñana

Título original: *Sur la scène intérieure. Faits*

1.ª edición: febrero de 2020

© Éditions Gallimard, 2013
Fotografías: © Alain Eli

De la traducción: © Javier Albiñana Serain, 2020
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-781-1
Depósito legal: B. 269-2020
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Advertencia	9
Maria Cohen	15
Jacques Cohen	65
Monique Cohen	99
Sultana Cohen	107
Mercado Cohen	119
Joseph Cohen	133
Rebecca Chaki	149
David Salem	153
Documentos	159

Maria Cohen

Nacida el 9 de octubre de 1915 en Estambul.
Convoy n.º 63 del 17 de diciembre de 1943.



En 1939, pocos meses después del estallido de la guerra, Marie visitó a una amiga de la familia, en el distrito XI de París, y le regaló una pequeña huevera de madera, pintada a mano. En 2009, sabiendo que íbamos a vernos, esa amiga de Marie metió la huevera en su bolso para regalármela. Desde hacía tiempo, no resultaba ya lo bastante presentable como para ocupar su sitio en la mesa, y los niños y nietos de esa amiga, pese a lo mucho que la habían utilizado, no le prestaban atención. Resquebrajada y descolorida, como una madera raída, la huevera apenas conserva unas manchas de color de las que cuesta afirmar con certeza qué pudieron representar. Acaso una mariposa. Tan sólo en el pie resulta totalmente reconocible un lazo naranja realzado en negro, como suelen verse en los huevos de Pascua rusos.

Sé muy bien que los objetos familiares son sinónimos de ceguera: dejamos de mirarlos y ya sólo transmiten la fuerza de la costumbre. Pero la huevera en la alacena de la vajilla, siquiera de forma muy episódica, sin duda tuvo muchas ocasiones de suscitar arranques de ternura asociados a Marie. (Se hacía llamar Marie pese a que su nombre oficial era Maria.) Pienso que no se conserva un objeto tan modesto, y tan deslustrado, durante sesenta años sin serios motivos. El temor a verlo desaparecer confirma ese apego. Así pues, la pequeña huevera, hoy, no es solamente la concreción de un recuerdo. ¿Sería abusivo ver en eso la calidad misma de ese recuerdo, su textura, algo tan incierto como el reflejo de un aura?

*

Un par de guantes de cuero fino, de color crema, y un libro esperaban permanentemente en la pequeña repisa negra de vidrio tintado que cubría el radiador, junto a la puerta de entrada, en el piso del boulevard des Batignolles donde vivíamos. En la calle, libro y guantes disimulaban la estrella amarilla cada vez que era necesario. Ésta debía ir cosida a la izquierda, a la altura del pecho. Así pues, era su mano derecha la que me tendía Marie

para cruzar la calle. Ella se crispaba mucho cuando, al borde de la acera y por falta de atención, yo me colocaba a su izquierda. Antes de avanzar por el paso de peatones, se veía obligada a pasar por detrás de mí, o a dar una vuelta completa, sobre sí misma, para tomarme la mano izquierda. En medio de la multitud, la maniobra resultaba sumamente comprometedor. Si el incidente se reproducía demasiado a menudo, no tenía lugar sin un «itch!» de irritación.¹

*

A todas las edades, he coincidido con hombres y mujeres que conocieron a Marie en Estambul, antes de su marcha a Francia, adonde inmigra y donde se casa en 1936, y más adelante en París. Nunca pronunciaron su nombre sin esbozar una leve sonrisa de ternura, una emoción muy real, a veces una exclamación: «¡Ah, Marie!». Asimismo, siempre percibí un interés y una simpatía inmediatos hacia mí. Yo era el hijo de Marie, y eso no era

1. La cursiva distingue los recuerdos de infancia, reproducidos lo más fielmente posible, como otras tantas anamnesis de lo que el adulto ha podido saber al hilo de las confidencias, los encuentros, los años. A ello se suman algunas consideraciones personales, cuando parecen necesarias o inevitables.

cualquier cosa. De niño, y después de adolescente, no era raro que me besaran con una mezcla de estupor, de afecto espontáneo y de admiración inmerecida. En ocasiones incluso apartaban la mirada para ocultar una lágrima. Cuando me alejaba, oía un pequeño susurro tras de mí: «¡Es el hijo de Marie!». Notaba miradas insistentes y me daba la impresión de que mi presencia aguaba un poco la fiesta, sin dejar por ello de constituir un acontecimiento.

Necesité mucho tiempo para comprender que en Estambul muchas chicas de su edad sentían celos de la belleza, el encanto y la audacia de Marie. Numerosos chicos estaban enamorados de ella. Varias familias soñaban con tenerla de nuera. Su belleza podía explicar el interés de los chicos, no el de las familias. Al parecer, el secreto de Marie radicaba —al igual que en su belleza— en un buen humor, un desparpajo y una gracia contagiosos a los que las potenciales familias políticas no eran insensibles.

*

Una foto me muestra, a los cuatro o cinco años, con una media melena recogida con un pasador, como la llevan

las niñas. El pelo está ligeramente abuecado y, a todas luces, Marie acababa de peinarme con esmero. Un cuello Claudine, satinado y de quita y pon, prendido con un broche del que cuelgan dos zapatitos de madera, alegra mi bata de color azul marino. El borde del cuello, los dos falsos bolsillos y el ribete de las mangas cortas están hechos de ganchillo: una labor de costurera de barrio, sin lugar a dudas. Salta a la vista que Marie le ha dado instrucciones muy concretas.

Recuerdo perfectamente el cuello duro hendiéndome la piel, junto con un sentimiento de humillación: me siento disfrazado, incómodo y furioso, porque, encima, Marie y el fotógrafo exigen una sonrisa. Todavía ahora, al mirar la foto siento hasta qué punto mi sonrisa es poco natural. No conservo ningún otro recuerdo de haber llevado ese cuello satinado. Al parecer, se trataba de la primera foto de identidad, destinada a algún documento oficial. Puede que Marie quisiera también conservar un postrer recuerdo de mi tierna infancia. Sea como sea, no cabe duda de que a Marie le complacía sumamente vestirme, de que lo hacía con un celo extremo y de que cultivaba la androginia de un niño de esa edad negándose a cortarme el pelo.

*

Estamos en 1930, o en 1931, en Kadiköy, un barrio de Estambul situado en la orilla asiática del Bósforo, de donde es originaria la familia de Marie. Marie tiene quince o dieciséis años. Durante las vacaciones escolares, pasa la tarde con un grupo de amigos. Una foto la muestra en aquel entonces tocando el banjo junto a un chico que rasguea una guitarra. Varias chicas son, como ella, alumnas de escuelas y colegios religiosos franceses, o de escuelas de la Alianza Israelita Universal (véase Jacques). Entre los chicos, muchos son alumnos del liceo francés de Galatasaray. Les gustaría comprarse un helado, pero no les llega el dinero. Alguien lanza la idea de mendigar llamando a las puertas, lo que suscita la risa de todos. Marie decide recoger el guante. Busca una sábana, se cubre con ella, se la anuda en la cintura, oculta el busto y el pelo imitando el hábito y el velo de las monjas y llama a la puerta de una casa opulenta. El grupito de amigos observa de lejos a Marie, que mantiene una larga conversación. Por lo visto, resulta muy convincente, pero cuando el dueño de la casa regresa con unas piastras, Marie se ve incapaz de reprimir un ataque de risa, se alza la sábana hasta las pantorrillas y sale pitando.

De manera edificante para mí, el único testigo

de aquella escena, a quien interrogué numerosas veces, no dejó nunca de recalcar el siguiente pormenor: Marie había olvidado quitarse el carmín pálido que se ponía cuando no iba a clase. Sin duda su primer carmín. Para el testigo, ese carmín constituía la prueba evidente de que Marie podía conseguir casi cualquier cosa, de cualquier persona.

*

Un gran baúl de mimbre, vacío, aguardaba en el comedor del boulevard des Batignolles, sin duda en previsión de una mudanza urgente que nunca tuvo lugar. Me gustaba esconderme en el baúl. Las reglas del juego exigían que Marie y Jacques fingiesen buscarme. Antes de levantar la tapa, esperaban a que yo me traicionase al escapárseme la risa en cuanto los oía acercarse. Debí de esconderme en aquel baúl decenas de veces. Y decenas de veces Marie y Jacques se prestaron al pequeño ritual de interpelarse con voz altisonante por el piso mientras se preguntaban dónde podía estar yo escondido.

*

Marie no habría pelado una cebolla, una escalonia o un diente de ajo por nada del mundo, me repi-

tió mil veces mi familia. Ella aseguraba que el olor se le quedaba impregnado en las manos durante días. Siempre me han recordado ese pormenor en tono levemente cáustico. Una manera de decir, sin decirlo, y pese a todo el afecto posible: «Era demasiado coqueta para rebajarse a quehaceres tan triviales».

También mis manos, por más que me las enjabone repetidamente, conservan determinados olores hasta el día siguiente, y a veces más tiempo. De modo que sólo yo comprendo que la coquetería de Marie tenía más razón de ser de lo que decían. Varios parientes me han comentado, cuando participo en la elaboración de un plato, que al día siguiente les tomo como testigos del olor persistente en mis dedos. Y me recuerdan también que he evocado ya diez o veinte veces esa particularidad de Marie, como si todavía quisiera justificarla.

*

Remedaba mi propia muerte tumbándome en el parqué, inmóvil, con los brazos en cruz, como un Cristo. Fue sin duda ante un crucifijo cuando oí pronunciar por vez primera la palabra «muerte». En cualquier caso, creía que nos moríamos sólo de una manera: con los brazos

en cruz. Oía a Marie trajinando por la casa, los pasos de Jacques y los crujidos del parqué bajo su peso. Por más que yo cerrara los ojos, nadie se inquietaba. Acumulando como acumulaba todos los síntomas, ¿cómo podían adivinar que no estaba muerto? Durante largo tiempo fue un gran misterio.

*

La memoria de los perfumes se ubica en la parte más arcaica del cerebro, la que conservamos en común con nuestros lejanos ancestros anfibios. Al parecer somos capaces de distinguir hasta tres mil olores. El lactante que llora se calma de inmediato cuando, al ser tomado en brazos, reconoce el olor del cuello de su madre. En los brazos de cualquier otra persona, sigue llorando. En las clínicas, y durante las semanas siguientes al parto, se desaconseja a las mujeres que se pongan perfumes demasiado fuertes. Esa memoria de los perfumes, al parecer, no se pierde nunca y no da pie a la menor confusión.

El perfume que utilizaba Marie quedó tan anclado en mí que lo reconocía en cualquier mujer, desde mi niñez más temprana. Como no sé el nombre de ese perfume, sigue siendo igualmente

inalcanzable. Sin el punto de referencia que representaría una marca, la forma de un frasco, una etiqueta, un tapón, ese perfume sigue siendo algo sumamente imaginario. Sin la más mínima prueba, no posee siquiera la fuerza de una convicción íntima. Por lo tanto, no me atrevo a imaginar lo que ese perfume ha podido significar, sin saberlo yo, y en un primer momento, en mis relaciones con las mujeres.

*

Olor obstinado, cada vez que Marie abría el bolso: amalgama de polvos de arroz, perfume, carmín. En el armario, el cuero del bolsito negro reservado para conjuntarlo con los vestidos elegantes (y que reconozco muy bien en varias fotos) permanecía fuertemente impregnado de aquel olor heterogéneo. El bolsito era mucho más misterioso que el bolso habitual, porque el olor sobrevivía a todos sus componentes, indefinidamente, al parecer. Remembranza de haber hundido varias veces la cara en el bolso vacío con la sensación de haber penetrado en el corazón de un misterio.

Todavía hoy, en los mercadillos de segunda mano, abro de vez en cuando los bolsos viejos, como si alguno aún pudiera retener el indicio de una presencia. Aunque

he dejado de meter en ellos la nariz, abro las cajas antiguas de polvos de arroz, incluso vacías. Me sorprende que todo lo que evocan siga siendo tan palpable, tan sencillo, cuando nadie, entre la multitud, le presta la menor atención. Todo el mundo sabe, sin embargo, que el olor de los polvos de arroz no ha cambiado desde hace por lo menos un siglo, tal vez mucho más.

*

Nacido, como Marie, un 9 de octubre.

*

En la esquina de la rue de Lévis con el boulevard des Batignolles, un guarnicionero exponía en el escaparate un caballo disecado. El animal estaba ensillado y enjaezado. Llevaba también una manta, anteojeeras, polainas y orejeeras. Tal acumulación de accesorios confería al caballo un aspecto aterrador.

En el boulevard de Clichy, la entrada del Cabaret de l'Enfer representaba una cabeza de demonio con la boca abierta de par en par, con cuernos, ojos desorbitados y colmillos. Durante el día, la enorme boca por la que se entraba estaba cerrada con una persiana metálica. El hecho de que, cuando pasábamos, la persiana estuviera

siempre echada no disminuía en absoluto la amenaza que planeaba sobre todo el barrio.

Recuerdo muy nítido de la mano de Marie que, en aquellos parajes peligrosos, tiraba de mí si yo intentaba retrasar el momento o, por el contrario, me contenía cuando apretaba el paso para sortear la amenaza lo más rápidamente posible. También entonces solía emitir un pequeño «itch!» de irritación.

*

Seis fotos:

a) Marie: joven inmigrante camino de Marsella en el paquebote francés *Patria*. En la escala de El Pireo, el 5 de abril de 1936, envía, en francés, una postal a su padre, Albert Salem, que vive en el número 23 de Yeldemen Sokak, en el barrio de Kadiköy. Marie anuncia: «Hemos dado un largo paseo en coche, ha sido maravilloso». Ese mismo día, envía a su hermana mayor, Fanny, y a la menor, Victoire, una foto tomada en el puente de proa del paquebote. Marie posa junto a una guindaleza, con un largo vestido negro estampado con motivos blancos. El cuello, los puños de las mangas y del vestido lucen una trencilla blanca. Marie lleva un ancho cinturón negro y botines de tacón

alto. Sonríe y, para parecer más natural, mira hacia alta mar. En el dorso de la foto, indica a sus hermanas: «No os fijéis mucho, la foto no es nada buena».

b) Marie de luna de miel en Niza, dándole el brazo a Jacques, mi padre, en la Promenade des Anglais, en diciembre de ese mismo año: largo abrigo negro con puños de zorro gris. Cuello amplio de la misma piel. Escarpines negros de tacón alto. Bolsito de cuero negro bajo el brazo. Tocada con un sombrerito negro de tipo tirolés, levemente inclinado y rematado con una pluma erguida. Marie sonríe mirando al fotógrafo. Su atuendo me ha recordado siempre el concurso de elegancia de automóviles que se veía en el cine, para cerrar los boletines de noticias. En mi recuerdo, las secuencias se rodaban invariablemente en la Promenade des Anglais o en el parisino parque de Bagatelle.

c) Marie acompañada de Jacques y de su cuñado Joseph, en el parque Monceau, en París: amplio abrigo negro abierto sobre un estampado con motivos blancos. Anchuras solapas en punta y de satén negro. Mangas cortas. Collar de gruesas perlas fantasía. En la mano, el bolsito de cuero negro (en el que yo hundía la cara) y guantes venecianos blancos. Todos posan un poco. Marie baja la ca-

beza, sin duda para parecer menos seria, y, como en Niza, mira a los ojos al fotógrafo.

d) Marie conmigo en brazos: vestido oscuro de manga corta adornado con un cuello camisero blanco. El borde de las mangas está bordado con un dobladillo visto del mismo color. Gruesos botones blancos de fantasía. Bajo la lupa, esos botones parecen representar una corona real. En el talle, grueso cinturón fantasía de metal plateado. Amplia sonrisa, aunque un poco petrificada, como si la sesión fotográfica hubiera durado demasiado.

e) Marie en el parque Monceau, en compañía de Jacques: lleva el abrigo con adornos de zorro que viste en la foto tomada en Niza, pero el abrigo se abre y deja entrever un vestido de lana gris, un poco austero. Alegran el vestido unos frunces bajo la rodilla y un grueso collar de perlas de bisutería con dije. Cinturón negro de gorgorán con dos hebillas de metal plateado. En la cabeza, gorro del mismo gris que el vestido, adornado con un strass encima de la frente. En la mano, bolso y guantes negros. El velo bajado hasta medio rostro.

f) Existe una foto de grupo, tomada en el campo, y en la que también aparezco yo. Todo el mundo exhibe la misma sonrisa forzada y se afana por permanecer inmóvil ante el objetivo, procu-

rando al propio tiempo parecer lo más natural posible. Marie, por su parte, se ríe a carcajadas, la boca muy abierta, sin la menor contención. En una segunda foto, tomada en el mismo lugar, con unos minutos de intervalo, los personajes se han desplazado. Uno de ellos ha desaparecido, sin duda para sustituir al fotógrafo. Otro ha entrado en el campo de visión. Los presentes han recobrado la misma sonrisa forzada, pero Marie ahí ha dejado de reír. Es la única que no esboza siquiera una sonrisa. Frunce el ceño. Baja la cabeza, crispera la boca. Mira hacia el suelo. Marie está en otra parte, distraída, tal vez un poco triste, como una niña que se aburre.

*

En la place Clichy, nunca pasábamos por delante de la cervecería Wepler. Día y noche, ocupaban el local y la terraza decenas de soldados alemanes de uniforme, pues habían requisado el establecimiento para la tropa. No teníamos miedo, porque aquellos hombres no estaban de servicio. Sin embargo, los judíos y las mujeres solas se exponían a las pullas y los silbidos de decenas de parroquianos ociosos.

Al escribir el nombre «Wepler» descubro que, sin tener

la menor conciencia de ello, en la place Clichy voy siempre por la acera de enfrente, sean cuales sean mi destino y mi procedencia. De igual modo, no he entrado en el Wepler más que una sola vez. Un escritor estadounidense, alojado por los alrededores, me había citado allí. Recuerdo muy bien haber pensado, al teléfono, proponerle otro lugar, que era de más difícil acceso para él, hasta que comprendí lo ridículo de esa ocurrencia.

*

El cabello de Marie formaba una pronunciada ondulación en la sien derecha. Curiosamente, las fotos muestran la misma ondulación en mi abuelo paterno y en mi padre. De modo connatural, yo heredé esa ondulación en el mismo sitio. Desapareció poco después de la treintena con las primeras señales de calvicie y me incomodó durante toda mi adolescencia, como irritó siempre a mi padre. Éste utilizó todos los subterfugios para controlarlo, incluidos los más ridículos (véase Jacques). Yo, en preescolar, en el colegio, me pegaba el mechón rebelde con jabón.

*

Los motivos de mi ira se han perdido, pero me veo perfectamente, sentado desnudo en la bañera, bajo la ducha fría que me administró Marie aquel día. Rememoro mis potentes berridos, la impresión de sofocarme bajo el chorro. Oigo los gritos airados de Marie, su voz aguda, en su paroxismo, mientras me mantiene sentado al fondo de la bañera e intenta hacerse oír, razonar conmigo. Siento el peso de sus brazos desnudos sobre mis hombros mientras forcejeo. Veo su vestido ligero gris (es verano) salpicado por el agua que le arrojo con las dos manos, hecho una fiera.

Para llegar a tales extremos, la lucha, está claro, alcanzó una violencia homérica. Puede que incluso golpeará a Marie. Tras lo cual, estupefactos y vencidos ambos, lloramos durante largo rato en el pequeño comedor del boulevard des Batignolles, cada uno en su rincón: impotencia de una joven madre, en bastantes aspectos niña mimada, desamparada ante un hijo colérico, demasiado mimado a su vez, y avergonzada por haber llegado a ese extremo; hipos y postreras lágrimas de un niño hecho un manojo de nervios, al que le cuesta recobrar el aliento, y que se siente vencido, humillado y traicionado. Conservo el recuerdo de dos soledades herméticas mientras llorábamos, de que algo se había roto definitivamente. Recuerdo también de la cara seria y ceñuda de Jacques aquella noche. Fue sin

duda aquella seriedad inhabitual la que acabó de dar la medida de la situación.

*

Mi abuela materna no perdió nunca la ocasión de comentarme que teníamos la misma peca en el hombro izquierdo: mismas dimensiones, mismo color de café torrefacto, misma textura granulosa. Añadía que Marie tenía también esa peca en el mismo sitio y que siempre la había fascinado. A Marie la maravilló, pues, descubrir la misma peca en su hijo. Mi abuela señalaba siempre la peca cuando me veía con el torso desnudo: «La marca de fábrica».

*

Los días en que Marie no llevaba prendida la estrella amarilla, me hacía especial ilusión, en la línea de metro Dauphine-Nation, cerca de Barbès, permanecer de pie en el primer vagón, junto al jefe de tren. Un ventanillo daba a la cabina del maquinista y ofrecía una vista sobre la vía. Cuando nos disponíamos a entrar en el tramo aéreo, yo observaba el cuadrado luminoso que se agrandaba ante nosotros. Después, siempre se producía

la decepción del agujero negro en el que íbamos a precipitarnos.

Marie estaba detrás de mí y miraba también con gran interés. El espectáculo parecía «robado», e incluso robado tres veces: en tanto que judíos, nunca habiéramos podido viajar en el primer vagón; después, estábamos solos, con el maquinista, disfrutando de una vista privilegiada. El tercer motivo era el más emocionante: el propio jefe de tren no reparaba en nuestra presencia ilegal. Su gorra gris, su silbato (para llamar al orden a los pasajeros) y los dos botones (uno verde, otro rojo) que ponían en funcionamiento la apertura y cierre de las puertas le conferían una innegable autoridad.

Los días con estrella, montábamos en el último vagón, el reservado a los judíos. Como veía con la misma frecuencia a Marie con estrella que sin ella, el que me arrastrara hacia el último coche parecía un auténtico castigo. Marie era perfectamente consciente de ello y me apretaba con firmeza la mano cuando nos dirigíamos hacia la cola del tren.

*

Mis abuelos maternos tuvieron cuatro hijos y tres hijas. Al igual que Marie, su benjamín, David (véase ese nombre), murió tras ser deportado. Mis abue-

los me repitieron cien veces que nada ni nadie se había resistido a Marie. Cuando yo intentaba saber más, volvían a los mismos epítetos con los que me quedaba igual: «graciosa», «guapa», «afectuosa», «inteligente».

Rebasado ese límite, a mis abuelos se les saltaban las lágrimas. Si yo insistía en preguntarles, mi obcecación pasaba a ser una falta de consideración: yo no respetaba su dolor. Enseguida su rostro se ensombrecía: «¡Te lo suplico, no insistas!».

Cuanto más me parecía acercarme a Marie, más descubría una imagen difuminada por las lágrimas. De adolescente, me exasperaba ese mutismo, sobre todo porque parecía que abiertamente me echaban en cara mi curiosidad. Daba la impresión de que Marie hubiera seguido siendo la hija de sus padres sin haber sido la madre de su hijo. Tal vez me habría enterado de más cosas si hubiera mostrado más paciencia, sin duda si hubiera tenido más tacto. Y así, las escasísimas anécdotas que excluyen a Marie de los tópicos y de la nebulosidad —incluso en lo que atañe a sus relaciones con sus parientes— tuve que obtenerlas al margen de la familia.

*